

Nacimiento del fuego

I. Una hipótesis mitológica sugerida por la aparición de un nuevo volcán

El nacimiento de un volcán ya no da lugar al nacimiento de un mito. Para conjurar los peligros de su nuevo volcán, los pobladores de Parícutín bailan ante el fetiche cristiano, el crucifijo “milagro”. Bailan malamente, sus pasos tan fuera de ritmo como sus creencias —una mezcla confusa de paganismo decapitado y catolicismo decadente. La imagen creativa ya no emerge donde la concepción mágica ha degenerado en mezquina superstición; sólo en los escombros del inmenso pasado de estos indios encontramos los vestigios de una de las más monumentales cosmogonías que el hombre jamás ha concebido.

La semejanza de la silueta del joven volcán con la de una pirámide ha sorprendido a muchos observadores. México abunda en colinas y montañas de origen volcánico que sugieren la forma de una pirámide. Sin duda los ancestros de los mexicanos de hoy atestiguan el nacimiento de volcanes, espectáculos suficientes para generar un mito.

Quiauh-tonatiuh, la Tercera Edad (en el antiguo México, como en la mitología griega, se distinguen cuatro “edades”), terminó con una lluvia de fuego: “las cenizas volcánicas se esparcieron, la lava burbujeante hirvió y las piedras rojizas se fijaron al suelo.” En el cataclismo el sol se perdió, y como toda la creación quedó sumergida en la oscuridad, los dioses se reunieron en Teotihuacán para recrear al sol. El mito tolteca citado por Miguel Ángel Fernández cuenta cómo procedieron. Esencialmente, el mito cuenta el renacimiento del sol por la inmolación de un dios en el fuego encendido en la cima de una montaña. Más tarde, para moverse, para vivir, el sol recreado por el sacrificio de Nanahuatzin tenía que ser alimentado con sangre. Selser identifica a

Nanahuatzin, el dios “buboso”, con el símbolo de la Cuarta Edad, el “Sol de los Terremotos”. A mí me parece que un dios que puede identificarse con los terremotos y que desaparece en un gran fuego en la cima de una montaña llamada el “Horno de los Dioses”, se caracteriza claramente como una divinidad volcánica. Pero ¿cómo se vincula este sacrificio al culto solar? ¿Por qué el fuego del cielo habría de vivir nuevamente mediante el fuego de la tierra y el sacrificio de la sangre?

Las grandes simbolizaciones cósmicas, a través de todas las diferencias de época y raza, mantienen un asombroso parecido. Quizá una nueva interpretación del mito de Prometeo revelará, por analogía, la significación del mito mexicano.

En la gran lucha que configuró el panteón griego, los titanes manifiestan su naturaleza volcánica a través de batallas de cataclismos, incendios y terremotos; vencidos, son expulsados y encadenados “en el fondo de los abismos de la tierra”. Más tarde, Prometeo, hijo del titán Jápeto, también fue encadenado a una montaña. Frazer cita un buen número de mitos de pueblos primitivos (especialmente de América) que buscan su fuego primero en los volcanes. Este origen volcánico de las brasas se expresa a menudo simbólicamente en el hecho de que es una mujer quien las mantiene, una mujer más o menos caracterizada como la madre-tierra y que mantiene el fuego en un lugar subterráneo, en una caverna, en una caja, si no bajo su falda o más simplemente entre sus piernas. Inútil insistir en el hecho de que el hombre, antes de saber cómo hacer fuego, sólo podía conseguirlo cuando lo encontraba, por así decirlo, en estado salvaje —en incendios de bosques y en volcanes—. Pero sólo el volcán podía mantener el fuego para el hombre, sólo de un número asequible de cráteres podían nuestros ancestros procurarse fácilmente las brasas. Por eso resulta natural que asociaran el fuego con la madre-tierra, que lo imaginaran como un elemento femenino y lo concebieran

principalmente en su calidad de calor.¹ Sin embargo, para robar este fuego volcánico debían superarse prohibiciones materiales y psicológicas, debían suceder actos heroicos que el mito conmemora en las hazañas de los héroes semidivinos. Si no se enreda inútilmente en complicadas e inútiles interpretaciones, el mito griego dice muy claramente que Prometeo robó el fuego de un volcán: la forja de Hefesto. En la mayoría de los otros mitos, el fuego es robado o entregado por un pájaro que a menudo adquiere llanamente una significación fálica. Ese pájaro ladrón de fuego es más tarde, no infrecuentemente, identificado con el fuego mismo, si no con el sol. Yehl, el cuervo prometeico de los indios de la costa noroeste, también roba el fuego mientras pone al sol en el cielo. Pero ¿por qué? ¿Cómo es que Hefesto, el dios volcánico, es quien forja la nave dorada en que Helios, el sol, desaparece en la noche? ¿Por qué es él quien labra las flechas del dios solar Apolo? ¿Por qué la tierra, entonces, ofrece sus flechas al sol? ¿Por qué, analógicamente, se restaura en México la luz del sol con el sacrificio del dios volcánico Nanahuatzin? ¿Y por qué finalmente Prometeo, en la última versión del mito, ya no roba el fuego de un volcán sino que enciende su antorcha en el sol?

Creo que estos mitos expresan lo siguiente: mientras el hombre se limitó a usar el fuego cuando lo encontraba por azar, sólo sabía, ideológicamente, cómo asociarlo con el calor; sólo cuando fue capaz de encenderlo, de hacer que la llama brotara en la noche, concibió al fuego como algo semejante a la luz del sol. La primera antorcha que alumbró una cueva debió haber parecido tan deslumbrante como lo era el sol. Los mitos citados expresan así la evolución del concepto calor-fuego a luz-fuego. Sociológicamente (al menos en Grecia), esa evolución corresponde al paso del matriarcado al patriarcado. Entendido así, el encadenamiento de Prometeo significa que, en la estratificación cósmica del mito, como el hijo de un titán, se relaciona con el volcán; históricamente, la vieja concepción matriarcal es superada y “castigada” a través suyo por un Zeus patriarcal. Pero su liberación final por Hércules (personificando a una vieja divinidad solar) indica que, desde el tosco brasero, Prometeo,²

mitológicamente, evolucionó hacia la antorcha encendida.

Su largo cautiverio, entonces, simbolizaría el largo estadio intermedio en que la concepción de “calor-fuego” se equilibra aún con la de “luz-fuego”. Durante esa época, el águila de Zeus en la montaña se nutre cada día del hígado de Prometeo, como el águila solar de México —bajo el sol de mediodía, en la cima de la pirámide-templo— devora los corazones arrancados. Cuauhxicalli, la “copa-águila”, la copa sacrificial del más alto centro del edificio, es entonces el cráter del volcán simbólico que es la pirámide, su “llama de sangre humana”, que une por magia simpática el fuego de la tierra con el fuego del cielo. Quetzalcóatl, quien voluntariamente se sacrificó en la pira, es el hermano gemelo de Xólotl-Nanahuatzin, y en un sentido más amplio, es igualmente el hermano del Fénix y del Pájaro-trueno: es él, el “Prometeo mexicano”,³ quien logra la sublimación del fuego en luz.

Así, el culto al sol de la pirámide-volcán expresaría —junto con otros significados— la interpretación mitológica de la evolución del concepto calor-fuego al de luz-fuego. Y la hipótesis de que la pirámide mexicana podría ser la representación mitológica del volcán halla quizá su confirmación en el hecho de que el mito ubica al sacrificio del dios volcánico y el renacimiento del sol precisamente en Teotihuacán, el lugar donde se erigen dos de las más antiguas y monumentales pirámides de América.

Traducción: Patricia Gola

II. Una visita al volcán

Paricutín, el volcán más joven de México, nació de la roja tierra tarasca el 20 de febrero de 1943, cerca de las cinco de la tarde. Aunque lo precedieron serias advertencias —la víspera, la tierra se había sacudido más de sesenta veces en Michoacán—, su nacimiento pasó casi desapercibido. Sólo el campesino Dionisio, cuando vio elevarse una recta columna de humo en medio de su campo, se quedó con la boca abierta como el pescador árabe al librar al genio de la botella. El penacho de vapor sombrío osciló ligeramente, alcanzando de súbito la

y Prometeo se convierte en Lucifer, “el que trae la luz”, así como en el diablo en medio del fuego subterráneo.

³ Alfonso Caso. *La religión de los aztecas*.

¹ Así, en la Grecia arcaica y matriarcal, se identifica fácilmente a Hefesto con Dioniso.

² En la mitología cristiana, el motivo de la caída de los titanes aparece como la caída de los ángeles rebeldes

altura de un gran pino. Pero solamente cuando su tallo rosado se escindió sobre una llama de unos diez metros de altura, el verdadero trabajo de parto comenzó. Golpe a golpe, detonación tras detonación, arena, guijarros, cortezas, montones de tierra, glebas frenéticas primero, luego gruesos trozos de roca en fusión, lava pulverizada y piedra pómez comenzaron a caracolear en el cielo, a llover en cascadas sordas como balas. Al otro día, el cono de un nuevo volcán sobresalía en la planicie cerca del pueblo de Parangaricutiro. Hay que creer que el sitio estaba predestinado; el nombre del pueblo, fundado en el siglo xv por el rey tarasco Caltzoatzin quiere decir: “lugar donde la tierra tiembla”.

Hoy, 3 de abril, el volcán Paricutín mide cerca de mil pies de altura y sus cenizas dominan el aire, cubren las terrazas hasta el borde del lago de Pátzcuaro, hasta ahogar al sol en su reloj de arena.

El pequeño pueblo de Uruapan se frota los ojos, conoce una especie de brote de fiebre de oro, apresta bien o mal (más bien mal) viejos camiones para la avalancha de fuego. De sus últimas casas bajas al bosque de pinos, la buena tierra está cegada de cenizas, los campos esterilizados, hombres y bestias uniformemente empolvados por el nuevo desierto.

Un resplandor aparece a través del pálido bosque. El suelo propaga ahora el ruido de lejanas detonaciones que se suceden aproximadamente cada siete segundos de intervalo. Tras horas de cabriolas en una carretera inverosímilmente bordeada de automóviles inválidos, sobre pinos fantasmas surge una pirámide. De un gris-negro plumizo, lanza un ala de fuego bajo una inmensa fumarola bulbosa. La llama brota, se sumerge en sí misma, resurge en la punta rosada de la estalagmita nubosa —sus grises son finísimos plumajes de pájaros de lluvia. Dije una pirámide; acercándose por el oeste, la silueta del joven volcán, la caída tan neta de sus flancos, evoca irresistiblemente el perfil de una pirámide, si no a la gran pirámide de Teotihuacán.

Los pasos de los hombres y las bestias con el ruido de masticación de rumiantes muelen el polvo violáceo; el haz de explosiones se ata ahora en un jadeo de fragua. Al doblar las colinas, cayó la noche. Entonces surge una montaña de aventurina en llamas. Una montaña geminada, de una piedra de aventurina donde cada pajilla es fuego claro, donde las constelaciones se hacen y deshacen al soplo de una tempestad centuplicada. De tres terrazas infernales, tres bocas de esmalte

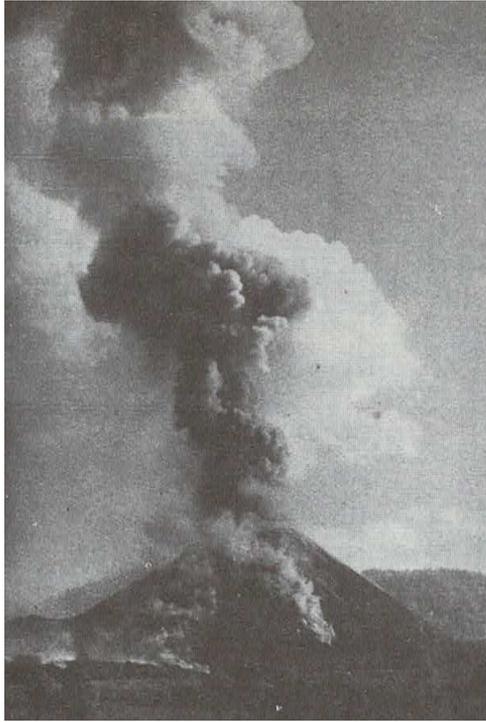
lúcido bajo óxidos de plata, surgen rutilantes géiseres de oro rosa; brotan y se dispersan en polvo de oro, sístole y diástole del aliento que forjó al mundo. Más allá de las playas de lava retumba la resaca del magma, el gran trueno telúrico, voz del fénix. En cada batir de sus alas, el horno deslumbra bajo una ráfaga de rubíes vivos y en su chorreo de limaduras de oro dibuja los hombros del monte. Fénix con alas de pedrería en fusión, Fénix auriplume de plumaje de gases estriados de relámpagos de tierra, con garras que trituran el pedregal como esponja, fénix con voz de tormenta, tu ojo es el corazón de *Quetzalcóatl* centelleando muy alto en las cataratas fulgurantes. Sobre murallas de residuos, escorias, espuma de lava y madréporas esponjosas, del fondo de la tierra, el helecho de otro mundo estalla. Las piedras quebradas se amontonan a veces como altares salvajes y la luna entre las escarpaduras grotescas del aire cálido tiembla como un pez de plata. Bloques ardientes se desploman atropellándose como los témpanos de un deshielo, carbúnculos gigantes. Escalas en llamas, escaleras ígneas y estelas de gas azulante sobre las regiones dislocadas, fulgores rampantes —de cerca el fuego hierve secretamente en las heridas minerales y cada nueva descarga hace caer pilas vitrificadas con el sonido de una verdadera vajilla del diablo.

La lluvia seca como papel de lija, la avalancha de lapillis, fragmentos vítreos, cristales calcinados, bofetada tan dura que es preciso volver a los pequeños fuegos encendidos por los hombres.

La gran chamusquina metálica está bordeada de aromas del pequeño brasero doméstico alrededor del cual el tap-tap de las mujeres indígenas batiendo sus eternas tortillas arrulla como el canto de la rana en la noche del Juicio.

El nacimiento de la montaña ardiente es un desastre para los campesinos de los alrededores. Pero en todos los rostros se refleja la gran alegría del fuego libre, un gran alzamiento de interdicciones —un deslumbramiento de niños por una vez con derecho a jugar con fuego. Un joven indígena que, inmóvil, con todo su ser perdidamente mira, me responde sin volver la cabeza: “Muchas personas vienen para ver; nosotros miramos y vigilamos, pero no hablamos”.

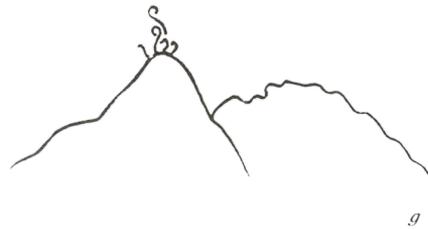
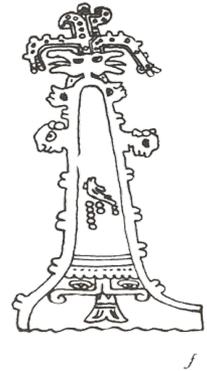
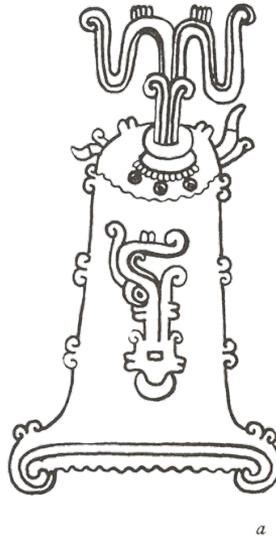
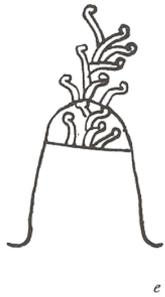
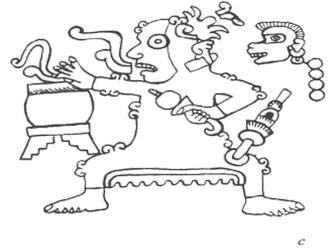
Traducción: Gamaliel Valentín González



**Volcán Parícutin. Marzo de 1943.
Jacqueline Johnson**

Pirámide del Sol. Teotihuacan





Representaciones de volcanes en varios códices mexicanos. (a) Códice Nuttal: la (siempre muy estilizada) columna de humo sale de un cráter adornado con un collar que simboliza el jade, piedra preciosa del dios-fuego (Xiuhtecuhtli), en la ladera de la montaña aparece otra columna de humo; (b) representación muy similar con el glifo "cuatro monos" (el mono está asociado simbólicamente con los terremotos); (c) volcán antropomorfizado, de la cabeza de la figura sale fuego, está tocando el tambor (huéhuetl) y agitando una cascabel; (d) Códice Telleriano-Remensis: el humo llega a las estrellas; (e) Códice de Huamantla: el Popocatepetl (montaña que humea); (f) Lienzo de Zacatepec; (g) Popocatepetl e Iztaccíhuatl en el Códice de Cuauhtinchan.

Nota: Parícutin

*Sobre el paisaje ha caído la negra nieve.
Sobre el paisaje y la semilla.
Aquello en torno del volcán es únicamente el pavor
de un mundo solitario y acabado.*

JOSÉ REVUELTAS. Visión del Parícutin.

Wolfgang Paalen llegó a México en 1939, el 7 de septiembre, invitado por Frida Kahlo y su esposo. El estallido de la Segunda Guerra Mundial, ocurrido mientras el artista viajaba por el continente americano, ha hecho pensar a los historiadores que México fue una casualidad en el itinerario de su vida; no obstante, hay constancia de que Paalen decidió establecerse en este país pues lo vio como un lugar abierto a “múltiples posibilidades” para desarrollar su arte (mucho más que Nueva York, lugar que el artista denostaba por su glamur). Dos años más tarde, fundó la revista *Dyn*, soporte de una expresión disidente del surrealismo bretoniano; fue, en el número doble, 4-5 (1944) de seis totales, donde se publicó “Birth of Fire”, un artículo dividido en dos partes, acompañado de seis imágenes alusivas a los volcanes. El montaje más impresionante está en la página que yuxtapone dos fotografías: la Pirámide del Sol de Teotihuacán al lado del humeante volcán Parícutin. “A Mithological Hypotesis suggested by The Appearance of a New Volcano” se titula la primera parte; “Une Visite au Volcan”, la segunda; dos textos motivados por el nacimiento del volcán Parícutin, el 20 de febrero de 1943, en Michoacán, escritos en inglés y francés respectivamente.¹

El primero indaga en la mitología clásica y la cosmovisión prehispánica los conceptos de calor-fuego y luz-fuego. Esboza una relación modélica entre Nanahuatzin, quien se sacrificó para convertirse en el Sol y Prometeo, aquél que robo el fuego de un volcán: “Las grandes simbolizaciones cósmicas, a través de todas las diferencias de época y raza, mantienen un asombroso parecido. Quizá una nueva interpretación del mito de Prometeo revelará, por analogía, la significación del mito mexicano”. Se trata de un pequeño ensayo con tono de tesis. En cambio, el segundo ofrece una visión poética de Paalen, alimentada por la jerga de la geología que bien conoció el artista. Ante sus ojos, rubíes, oro y gemas danzan como metáforas del palpitar de la Tierra, en una fragua de la naturaleza “sístole y diástole del aliento que forjó al mundo. Más allá de las playas de lava retumba la resaca del magma, el gran trueno telúrico, voz del fénix”.

El ojo de fuego que se abrió en la tierra michoacana dejó un malpaís que sepultó San Juan Parangaricutiro y una parte de su santuario al Señor de los Milagros; la otra parece haberse salvado precisamente por uno de éstos. Hoy el reloj de arena que describió Paalen se muestra mutilado y en su lugar se divisa un cúmulo árido de tierra y cenizas que se expanden en rededor. Un posadero de Zacán, que removió mis nociones de significado y significante, me dijo una vez, mientras me entregaba “la herramienta”, como llamó a los cubiertos: “aquí nomás por la carretera, llegando a Angahuan está el Parícutin, luego luego se ve el montoncito de tierra”. Y así es, desde la entrada al pueblo ese

¹ Wolfgang Paalen. “Birth of Fire”. *Dyn* 4-5 (diciembre de 1943), pp. 71-76.

“montoncito” parece un vigía que te mira, al tiempo que se anuncian en lengua purépecha diversas mercancías. Ya no prevalecen los campos de cultivo, ahora hay hombres a caballo que ofrecen llevarte al volcán a cambio de una cantidad de dinero a tratar y mujeres que amasan tortillas azules en espera de comensales. Detrás de los restos de la iglesia, como salido de la nada, llega don Francisco Lázaro, con bastón, sombrero y una cinta en el ojo izquierdo para contarte el nacimiento del fuego volcánico.

Caminar a la cima atravesando el pedregal que pintó Murillo demanda precaución por la inestabilidad de las rocas, apenas hay marcas hechas con aerosol sobre algunas de ellas que señalan la ruta segura al cono. Hay que pasar por un costado del Sapichu hasta encontrar por dónde subir. Ya arriba, todavía se siente el calor de la tierra. Cuando llueve, el Paricutín se vuelve una olla vaporosa y apenas es posible ver unos metros por delante de donde te encuentres. La pesadez del aire es el resuello de la fragua que años atrás iluminó el cielo, quizás como si la Tierra hubiera parido un nuevo sol.

Gamaliel Valentín González